

# Vigilar y negociar. Imaginario sociomediático de la seguridad pública y campo vacío ciudadano

Pablo Gaytán Santiago\*

La demanda de seguridad pública no hay que analizarla como una inquietud desmedida resultado del miedo generado por una población serializada envuelta por los mensajes mediáticos, sino como una estrategia de biopoder o control sobre la multitud sub-metropolitana, compuesta por millones de desempleados, jóvenes sin matrícula, subempleados instalados en la economía informal y contingentes sociales que demandan satisfacción de sus demandas.

## Des-moderno apartheid urbano<sup>1</sup>

**P**ara comprender en su complejidad la aplicación del programa de videovigilancia *Ciudad Segura*, planeado, licitado y gestionado por el actual

gobierno de la ciudad de México, tenemos que explorar sus orígenes a finales de la década del ochenta, cuando la tecnocracia mexicana, mediante el proyecto modernizador configurado en el Tratado de Libre Comercio (TLC) se propuso insertar al país en los procesos de globalización económica. La tecnoutopía de

la apertura del país a los mercados internacionales implicó desde entonces la introducción de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (TIC) en todos los niveles de la vida económico-social. En ese devenir modernizador, el espacio urbano cobró esencial relevancia.

En esas condiciones la ciudad de México, bajo la regencia de Manuel Camacho Solís (1988-1994), inició una nueva fase de reforma urbana, donde urbanistas y policía cobrarían un excesivo protagonismo. Los primeros, montados en sus buldozer, reestructuraron algunas zonas de la capital; recuperaron zonas de alto valor de renta urbana (Xochimilco, Centro Histórico), despojaron a cientos de familias de sus propiedades, edificaron en los ex-basureros de Santa Fe una microciudad para la élite capitalista nacional e internacional,

\* Mtro. en Diseño, con especialidad en Estudios Urbanos. Doctorante en Ciencias Sociales por la UAM-X. Profesor-investigador del Departamento de Relaciones sociales; Área de investigación de Educación, cultura y procesos sociales. UAM-X.

<sup>1</sup> “Definiremos a la des-modernización como la dialéctica producida por las carencias materiales –dimensión material y calidad de vida– y declive de los derechos civiles y sociales –dimensión cultural y política– de una sociedad que se mueve mayoritariamente en las ciudades portando los harapos materiales, sociales y culturales impuestos por los proyectos de una modernidad adoptada siempre a destiempo. Bajo esta dialéctica podemos comprender el porqué los sujetos sociales afectados por tal

modelo de “desarrollo” (trabajadores asalariados, indígenas, mujeres en situación de pobreza, jubilados, migrantes o jóvenes excluidos) hayan experimentado la des-modernización como un conjunto de experiencias de desarraigo cultural, desterritorialización socioespacial, despojo, persecución política, invisibilización y exclusión racial y social, todo ello resultado del “progreso” modernizador, entendido éste, según la tradición utilitaria al estilo de Bentham, como la maximización progresiva del bienestar del individuo promedio”. Gaytán Santiago, Pablo. *Territorialización y desterritorialización de los movimientos culturales metropolitanos (1994-2005)*. Tesis de maestría. CYAD. UAM-A. México. 2006, p. 16.

modernizaron iconos urbanos (por encargo de la regencia el escultor Sebastián deconstruyó la neoclásica escultura del Caballito), incorporaron las demandas de los consumidores del espectáculo con el fin de convertir a la ciudad de México en una estación más del tour rockandrolero de moda. Desde entonces la capital se globalizó al ritmo de los flujos del capital financiero.

Junto a esta des-modernización urbana y económica, la ciudad se democratizó a partir de un sistema partidista institucional, donde al ala izquierda le tocaría protagonizar la transición política. Así, en el periodo 1994 -1999 el proyecto modernizador urbano se suspendió para darle prioridad a una recomposición política; el gobierno democratizado optó por renovar las redes corporativas del movimiento urbano-popular, el control de la asamblea de representantes y el empoderamiento de una élite administrativa en las distintas instituciones públicas; en suma, se dirigió a erigir una nueva pirámide política como base del régimen urbano.

Constituida la nueva élite del gobierno urbano, en el año 2000 la democratización de la ciudad se transfiguró en la política asistencial dirigida hacia los sectores “vulnerables” (ayuda a personas de la tercera edad, la creación del Instituto de Educación Media Superior, programas para jóvenes y mujeres, entre otros), al mismo tiempo el gobierno de la esperanza popular de Andrés Manuel López Obrador, realizaría un gran número de obras públicas dirigidas a resolver los problemas de circulación de los sectores medios (favoreciendo a la industria automotriz y la construcción), las conexiones viales para los nodos empresariales globales y la industria del entretenimiento. La des-modernización urbana y el bando dos de vivienda adaptaron la metrópoli a las nuevas necesidades del desarrollo capitalista postfordista.

Mediante la desposesión de espacios de reserva urbana<sup>2</sup>, la ciudad de México lentamente se polarizó, la apropiación privada del Centro Histórico por parte de Carlos Slim es el gran ejemplo de este mecanismo. A esta desposesión capitalista se suman la zona de Santa Fe, el bordo de Xochiaca en Ciudad Neza, o algunas zonas de la delegación Iztapalapa así como el barrio de Tepito, donde bajo el pretexto de la lucha contra la delincuencia, el comercio informal, el rescate del patrimonio nacional o la instalación de empresas que darán empleo a los habitantes de la zona, el gobierno de la ciudad, en asociación con los

oligopolios, se ha dado a la tarea de despojar legalmente de la tierra urbana a sus anteriores dueños, privatizando grandes zonas de reserva urbana<sup>3</sup>.

Podemos decir que el año de 1997, cuando Cuauhtémoc Cárdenas, entonces primer jefe de gobierno elegido democráticamente inaugura las obras de la *Torre mayor*, en los terrenos en donde se ubicaba el cine Chapultepec, inició el más reciente proceso de gentrificación de la ciudad (despojo, privatización, polarización social de la ciudad)<sup>4</sup>. Se basa en un franco desarrollo socio-urbano desigual configurado en la modernización de cuatro ejes metropolitanos: *Eje metropolitano central*, Centro Histórico-Juárez-Reforma-Siglo XXI; *Eje metropolitano norte*, Fuente de Petróleos-Atizapán; *Eje sur-poniente*, Periférico Sur-San Jerónimo-Insurgentes Sur, Insurgentes Centro hasta Circuito Interior; y el *Eje metropolitano sur-centro*, Avenida Universidad y Calzada de Tlalpan. Para que estos cuatro ejes urbanos cobraran funcionalidad, el gobierno de la ciudad ha construido infraestructura vial y sistemas de vigilancia; asimismo, en esas zonas se concentran el equipamiento educativo, cultural, servicios públicos, transporte. Mientras tanto en el resto de la ciudad, las carencias de todo tipo configuran un archipiélago de escasez de agua, ausencia de obras de drenaje, equipamiento educativo, salud, cultura, conjuntado con desempleo y presencia territorial del crimen organizado (*Figura 1: Ejes metropolitanos*).

Esta gentrificación hoy día es reforzada con los proyectos urbanos en los mencionados ejes, entre los que figuran: la construcción de la línea dorada del metro, las nuevas líneas del metrobús, la instalación de contenedores de basura en la zona de Tláhuac, la construcción del acueducto Magdalena Contreras-Ciudad Siglo XXI, entre otras obras, accentuando la polarización social urbana, la cual definí en 2004 como *Apartheid social*<sup>5</sup>.

<sup>3</sup> El despojo se llama jurídicamente *Extinción de dominio*, cuyo concepto es la pérdida de los derechos sobre los bienes, sin contraprestación ni compensación alguna para su dueño ni para quien se ostente o comporte como tal.

<sup>4</sup> “Gentrificación... un proceso urbano contrario al proceso por el cual la clase media que reside en los suburbios retorna a ocupar los centros históricos de las ciudades, algo que acarrea la recapitalización de esas áreas y el desplazamiento de sus residentes originarios, generalmente de una clase económica inferior... la distribución espacial de las ciudades cambia cuando cambian las preferencias del grupo adinerado” Candela, Iria. *Sombras de ciudad. Arte y transformación urbana en Nueva York, 1970-1990*. Alianza Forma. 2007. Madrid, p. 144.

<sup>5</sup> Gaytán, Santiago, Pablo. *Apartheid social en la ciudad de la esperanza cero. Capitalismo y cinismo (contra)cultural*. Internet/Glocal. Colección Autonomía Metropolitana. 2004. México.

<sup>2</sup> Harvey, David. *Espacios de esperanza*. Akal Editores, 2003, Madrid.



¿Qué quiere decir esta afirmación? Según mi perspectiva, la demanda de seguridad pública no hay que analizarla como una inquietud desmedida resultado del miedo generado por una población serializada envuelta por los mensajes mediáticos, sino como una estrategia de biopoder<sup>7</sup> o control sobre la multitud sub-metropolitana, compuesta por millones de desempleados, jóvenes sin matrícula, subempleados instalados en la economía informal y contingentes sociales que demandan satisfacción de sus demandas.

Vista desde este emplazamiento, la política de seguridad pública tramada por distintas instituciones del gobierno urbano desarrolla dos líneas estratégicas de control social. En primer lugar, construye un imaginario sociomediático totalitario, y en segundo lugar, edifica un sistema de control político-social metropolitano dirigido a las movilizaciones masivas en el espacio urbano; movilizaciones políticas autónomas, movilizaciones que convergen en los espectáculos mediáticos o deportivos, y movilizaciones emergentes en el contexto de algún fenómeno natural.

## Invencción sociomediática del “sujeto peligroso”

En más de tres décadas los habitantes de la ciudad de México hemos visto desfilan ante nuestros ojos estrategias mediáticas de construcción del enemigo íntimo. Cada que el gobierno urbano pretende introducir una nueva iniciativa de control social, en conjunto con el Complejo del Espectáculo Político Integral (CEPI)<sup>8</sup> elabora atmósferas mediáticas del miedo; así la prensa escrita y electrónica satura de imágenes violentas las ocho columnas de sus cotidianos, los líderes de opinión editorializan los crímenes aislados elaborando generalizaciones. Fundan preocupaciones mentales y miedos, psicologizando todo tipo de conductas en el espacio público.

<sup>7</sup> Michel Foucault afirma que “Las disciplinas del cuerpo y las regulaciones de la población constituyen los dos polos... alrededor de los cuales se desplegó la organización del poder sobre la vida.” En Foucault, Michel. *Hay que defender la sociedad*. Akal. 2003. Madrid.

<sup>8</sup> Complejo del Espectáculo Político Integral (CEPI). Es la convergencia de las estrategias mediáticas de los monopolios de los medios de comunicación tanto análogos como digitales, con las iniciativas de marketing político de los miembros de la clase política, quienes negocian y adquieren tiempo en los mejores horarios de los noticieros para construir su imagen con fines electorales o de legitimidad. Así, toda obra pública o estrategia de “seguridad pública” es ante todo una estrategia para proyectar la imagen de los gobernantes.

La voz y la imagen mediática serializan todo tipo de discursos no sólo en los medios sino también en los centros educativos, donde el sentido común desaparece para ceder su lugar a la voz homogénea de intelectuales mediáticos y líderes de opinión, quienes bombardean a las audiencias con estadísticas o ubicación de espacios peligrosos. Estos últimos pueden ser ciertas esquinas en colonias con aureola de “barrios bravos” como Tepito, la colonia Doctores o la Agrícola Oriental, con los cuales incluso han elaborado el *top ten* de la peligrosidad urbana, en donde, al decir de los telecratas, seguramente agazapados ciertos sujetos esperan a la próxima víctima; estos medios difunden retratos hablados de violadores, asaltantes o sicarios, los datos de los criminólogos saturan las opiniones y las imágenes de noticieros y periódicos amarillistas. Todos estos datos aislados encadenados por el insistente remache noticioso derivan en una trama sociomediática que produce la construcción imaginaria del “sujeto peligroso”, las características físicas de éste siempre coincidirán con cualquier joven o desempleado habitante de la submetrópoli, es decir, de cualquier barrio o colonia popular. (Figura 2: construcción del sujeto peligroso).

Figura 2  
Construcción del “sujeto peligroso”



Fuente: Diario *La Jornada*.

El chavo banda, el punk, el ultra, el cholo, el chaca, el mara, el sicario, el machetero de Atenco, el greñudo con tatuaje, el pandroso, el hip hopero, el grafitero, el desempleado, el “nini”, o el damnificado por los pésimos servicios en el oriente de la metrópoli y los espacios

calientes, o con aura de peligrosos, serán temidos por los otros, es decir, por las clases medias metropolitanas, quienes temerosas construyen las más sofisticadas murallas tecnópticas para sentirse protegidos. Esta especie de efecto-mónada, de separación social, configurada en un conjunto de retículas urbanas desconectadas unas de otras, significa el declive de toda posible solidaridad entre los mismos habitantes de la ciudad. Los espacios habitacionales demarcados por rejas, alambres de púas, ejércitos de seguridad privada y cámaras de videovigilancia muestran las fronteras entre quienes tienen poder adquisitivo y quienes no lo tienen. En suma, si viésemos ahora una gran panorámica estaríamos frente a una metrópoli donde reina el miedo vigilado ópticamente sobre un espeluznante silencio ensordecedor.

Ese miedo vigilado e inmovilizador produce una descivilización entre las clases medias y populares, estructurada en la aceptación de heterocoacciones impuestas por policías y bandas de extorsionadores, un bajo control de las emociones, la consecuente agresividad manifiesta ante cualquier situación imprevista, y una inestabilidad emocional que impone delirios paranoicos cotidianos frente a los otros, todos ellos síntomas de una expansión del *individualismo negativo*<sup>9</sup>. Este último produce entre los miembros de las distintas clases sociales una desconfianza hacia el otro, quien supuestamente atentará contra su persona, contra sus propiedades e incluso contra sus empleos.

El dispositivo mediático del miedo que producen los fantasmas del sujeto peligroso provoca despolitización y encierro elegido. Ascende así una trama emocional que en cualquier momento puede producir asesinatos involuntarios en alguna zona residencial o linchamientos injustos en algún pueblo originario de la metrópoli. Al respecto recuérdese la película *La zona* y los casos de linchamiento en los pueblos de Tláhuac o Xochimilco.

La construcción sociomediática del sujeto peligroso produce una subjetividad del miedo des-politizador y descivilizador con fines no sólo de gubernamentalidad por parte del régimen urbano, sino que también significa un gran negocio, es decir, el miedo produce beneficios económicos a los dueños de la industria de la vigilancia.

<sup>9</sup> Castel, Robert. *La metamorphosis de la cuestión social. Una crónica del asalariado*. Paidós, 1997, Buenos Aires.

## El “cero tolerancia”, antecedente del programa bicentenario *Ciudad Segura*

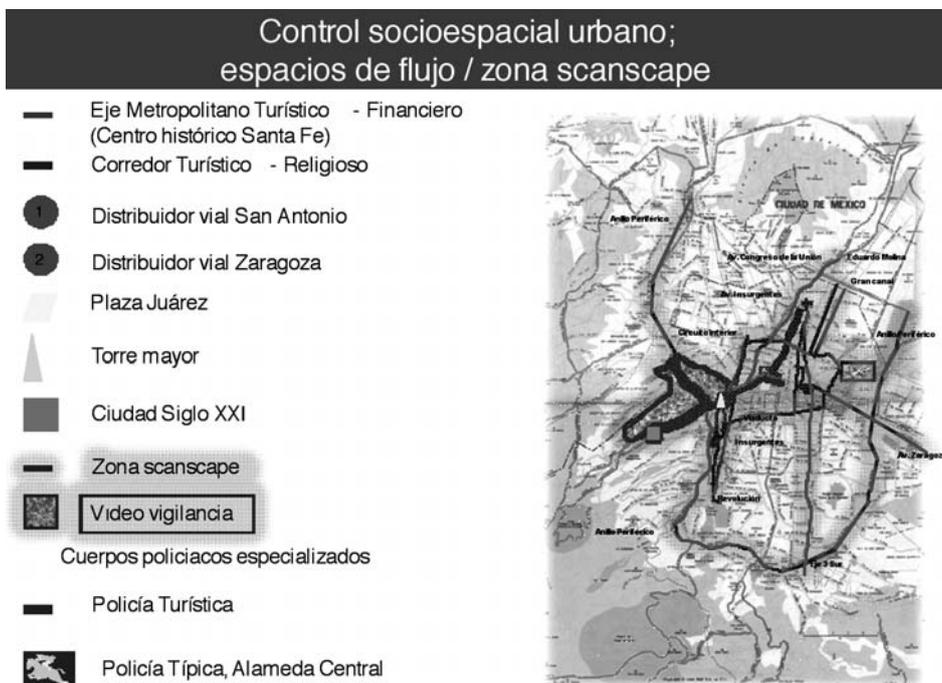
Paralelamente a la modernización de la infraestructura vial y de servicios ocurrida en la última década, el régimen urbano ha venido elaborando estrategias de control social desde el año 2002. En ese año, el entonces secretario de Seguridad Pública Marcelo Ebrard, inició el actual programa bicentenario de seguridad mediante la promoción del programa “Cero tolerancia” como una solución a la “incontenible” delincuencia.

Apoyado por Carlos Slim y los principales empresarios instalados en Santa Fe el programa Cero Tolerancia, que integraba tecnologías e instrumentos de control social, con un programa informatizado de estadísticas de la delincuencia (COMPOSTAT), proyectos de videovigilancia, alcoholímetro, utilización de esposas en las detenciones, cuerpos de seguridad especializados como el Grupo Especial de Reacción Inmediata (GERI), Grupo de Operaciones Especiales (GOPE), Grupo Tigre, retenes policiacos en las avenidas, actualizaciones del código penal, pulseras electrónicas para presos liberados bajo palabra, la ley de cultura cívica (en donde se criminaliza la pobreza). Un conjunto de iniciativas que pretenden controlar la vida, los cuerpos y las mentes de desempleados, subempleados, mujeres, y jóvenes de los movimientos culturales urbanos. Todo ello lo podemos definir como estrategias de biopoder. (*Figura 3; control socioespacial urbano del cero tolerancia a Ciudad Segura*).

De ese proyecto de control social metropolitano se derivaron la Unidad de Control del Grafiti (UCG), el programa de recuperación de espacios públicos, de tutor juvenil, mochila segura, entre otros, los resultados de este programa que fue tramado mediáticamente a través de conferencias de prensa, cumplimientos de cuotas de detenidos, aumento de la población en los reclusorios y las correccionales para menores. El resultado de este programa fue entre otras cosas la territorialización y la clasificación del espacio metropolitano a partir de los distintos programas del “cero tolerancia”; las soluciones no aparecieron pero le dieron un gran poder a la policía de a pie o en patrulla. Aumentó el precio de la extorsión. (*Figura 4; Control socioespacial urbano*)

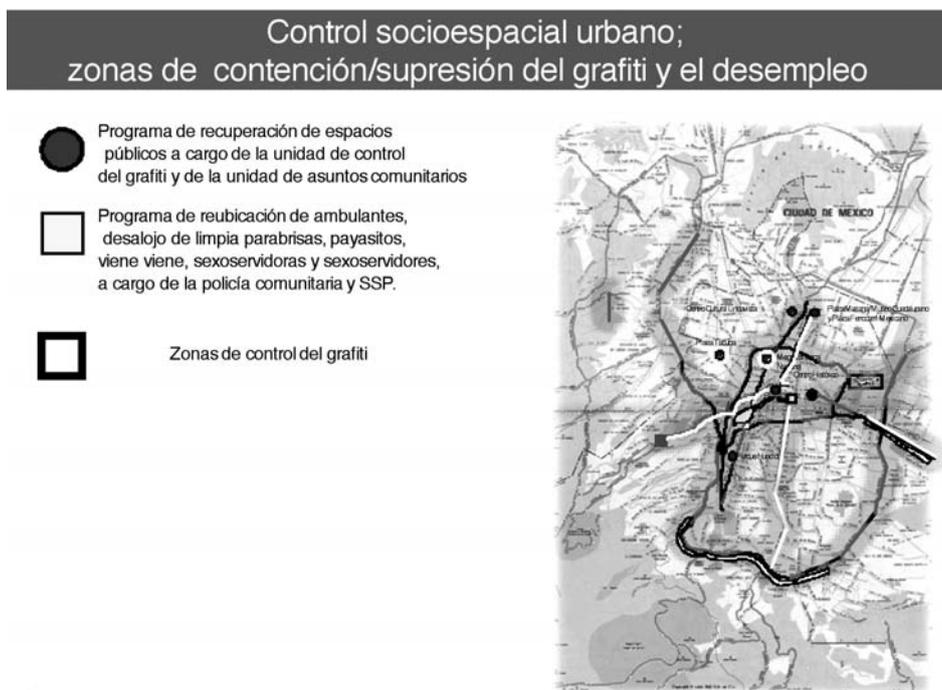
Ocho años después, el “cero tolerancia” se transfigura en el programa *Ciudad Segura* y el *Programa Bicentenario de Seguridad*. Éste plantea una continuidad y una ruptura. La continuidad está en que se basa en la misma clasificación

**Figura 3**  
**Del “cero tolerancia” al programa Ciudad Segura**



Fuente: Elaboración de Pablo Gaytán.

**Figura 4**  
**Control socioespacial urbano**



Fuente: Elaboración de Pablo Gaytán.

territorial que la Secretaría de Seguridad Pública (SSP) había definido en el programa “cero tolerancia” y la ruptura la encontramos en el proyecto de videovigilancia.

## Bicentenario seguridad; vigilar y negociar

¿Cómo celebra el régimen urbano el bicentenario de la independencia? Pues de una manera distópica, en el sentido de que la prioridad del gobierno es el control global de la población metropolitana, y cuando me refiero a ello es que el “gran carnal” no sólo pretende regular la vida mental y social de los cinco millones del DF, sino a toda aquella masa de trabajadores y desempleados que cruzan la ciudad para laborar en los distintos puntos de la metrópoli y en los cuatro ejes metropolitanos. El control está dirigido con el fin de “implementar un nuevo sistema tecnológico para la atención de emergencias, desastres naturales y para reforzar las estrategias de seguridad pública en toda la ciudad...y con el propósito de intervenir de manera masiva y desde todos los frentes y niveles, las zonas de mayor generación de la delincuencia, buscando cambiar de manera radical las condiciones de vida de la ciudadanía”<sup>10</sup>.

El lenguaje militar utilizado en la justificación del programa *Ciudad Segura* es un síntoma de la visión del biopoder urbano. El propósito es prevenir, contener y movilizar a las masas poblacionales, sus flujos, sus inercias, sus comportamientos, sus tics, sus intenciones y sus movilizaciones, así entonces las políticas de seguridad pública evidencian un discurso político-vigilante. Tanto el discurso como la iniciativa política significan la emergencia de una política policial, en el sentido que los filósofos franceses Michel Foucault y Gilles Deleuze lo anunciaron en el siglo pasado.

Las 8,088 cámaras que ya comenzaron a instalarse en las zonas cartografiadas de la ciudad de México expanden la mirada electrónica de Argos<sup>11</sup> por parte del poder sobre el territorio urbano; los ojos electrónicos de éste persiguen las conductas públicas de la población. El propósito no es disciplinar como ocurría en la modernidad de la vigilancia panóptica, sino interiorizar en la subjetividad de la población una especie de autorregulación preventiva. Como el

<sup>10</sup> <<http://portal.ssp.df.gob.mx/NR/ronlyres/403491CI-0186-4732-A97D-E114ACF88235/4728/Bicentenario1.pdf>>.

<sup>11</sup> Argos Panoptes (Ἄργος Πανοπτης, Argos ‘de todos los ojos’) era un gigante con cien ojos. Era por tanto un guardián muy efectivo, pues sólo algunos de sus ojos dormían en cada momento, habiendo siempre varios otros aún despiertos. Era un fiel sirviente de Hera. Su gran servicio al panteón olímpico fue matar al monstruo ctónico con cola de serpiente Equidna cuando ésta dormía en su cueva (Homero, *Iliada* ii.783; Hesíodo, *Teogonía*, 295ff; Apolodoro, ii.i.2).

transeúnte se siente vigilado, entonces él mismo funciona como vigilante de sí mismo. Debido a esta lógica el control videovigilante se convierte en un fin en sí mismo, autorreferencial, cuando menos en el sentido de que pierde cualquier caracterización disciplinaria, ya que al mismo tiempo es difundido en tiempo real en el ambiente urbano.

Pero perdamos la inocencia, este control no está dirigido a los individuos aislados sino a los sujetos sociales. Es una política preventiva amenazante dirigida a una ciudadanía en declive que asume el “te estoy observando”, reforzado por el flujo cotidiano de los boletines de prensa de la SSP, administrada por un grupo de funcionarios a quienes les interesa mostrar cuantitativamente la eficiencia de la vigilancia. Desde esa perspectiva comunicativa entonces se dan a la tarea de “ventanear” en los medios al pequeño delincuente de autos, al hostigador sexual disfrazado de mujer, al fardero en algún supermercado o al transgresor de las leyes de la cultura cívica. Evidentemente nunca “ventanear” a un funcionario público o a un empresario *in fraganti*. El ojo electrónico escanea y clasifica sus imágenes teniendo el cuidado de no evidenciar la abyección doméstica de los miembros del poder económico o político.

En ese sentido podemos hablar de una economía política del control social, enfocada a atacar dos tendencias sociales: de un lado, la tendencia “cuantitativa”, que tiene que ver con la progresiva reducción del nivel de empleo de la fuerza-trabajo y la disminución de la demanda de trabajo vivo; y del otro, la tendencia cualitativa, derivada de las mutaciones en las formas de producción, en la composición de la fuerza de trabajo y en la constitución de las subjetividades. Así, el “gran carnal” pretende prevenir el caos ocasionado por la excedencia de fuerza de trabajo desocupada y a las masas que buscan ocupar su tiempo libre en los espectáculos masivos y en lugares semipúblicos; esto produce violencia, exclusión, precariedad. En suma se trata del control social y político de la multitud<sup>12</sup>.

Los programas mediáticos de videovigilancia configuran una política de biopoder, que podríamos definir como OLIGOPTYCA, la cual introduce tecnologías de control para el internamiento, la vigilancia y para la limitación del acceso a los bienes simbólicos por parte de los habitantes de la submetrópoli. Así se abre en perspectiva la tendencia de una *metrópoli como dispositivo de vigilancia*.

Bajo esa perspectiva el programa *Bicentenario de seguridad* propone construir “centros de control y co-

<sup>12</sup> Virno, Paolo. *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporánea*, 2005, Madrid.

mando” difusos en lugares estratégicos de los cuatro puntos cardinales de la ciudad de México, el primero ya fue inaugurado en la Delegación Gustavo A. Madero, equipado con aplicaciones informáticas de inteligencia, para control de flujo e integración de información entre instituciones locales y federales. Cobran relevancia las comunicaciones entre centros de control y las cámaras de video vigilancia (Figura 5: Programa Bicentenario Ciudad Segura).

Esta red de control está enfocada a controlar clases complejas de sujetos, se impone un orden sin norma, con ello el poder se propone modelar a los individuos, ensamblando fragmentos fácticos que en su conjunto permiten asignarlos a esta o aquella clase de riesgo (violadores imaginarios, bandas delincuenciales inexistentes, tribus urbanas, acciones rituales de violencia de alguna nueva banda de sicarios). Porque el objetivo no es necesariamente el de captar al vuelo cualquier evento, sino el

**Figura 5**  
**Programa Bicentenario Ciudad Segura**

Ejes de la cultura metropolitana; Ciudad segura...



Fuente: Periódico *El Universal*.

de anticipar las acciones, planificar cualquier eventualidad, en suma, la videovigilancia tiene la función de diferenciar la posibilidad de acceso o fuga a determinadas zonas de la ciudad.

En otros términos, la videovigilancia se instaure en los guetos “voluntarios” —centros comerciales, parques temáticos, aeropuertos—, y en los “involuntarios” (guetos en sentido literal, barrios submetropolitanos)<sup>13</sup>, que componen la metrópoli defecha, garantizando el respeto de los criterios que regulan los flujos de entrada o de salida de uso y otros. Se desarticula a la multitud con un “aquí entras”, o un “no puedes salir de aquí”; se construye material e imaginariamente la escala social metropolitana, definida por la capacidad de acceso o de poder adquisitivo. Para muchos es imposible transitar por las avenidas de Polanco o Ciudad Siglo XXI sin ser escaneado y perseguido en el momento. Ahí el transeúnte es un peligro latente.

El dispositivo de control metropolitano (es decir el programa *Ciudad Segura*) se limita a vigilar y contener a la masa urbana (Eventos de entretenimiento mediático, terremotos, inundaciones, celebraciones). Por ese motivo estratégico el programa se propone “establecer un sistema de videovigilancia para el monitoreo de la vida pública con prioridad en la cobertura total de las escuelas públicas, con 3,300 cámaras, altavoces e intercomunicación directa con los centros de comando y control, además de 295 para centros recreativos”. Asimismo propone proteger cines, metro, embajadas, instalaciones federales, y en los 4, 176 puntos de incidencia delictiva. El dispositivo es de una alta sensibilidad tecnológica, ya que mediante él el poder percibe y mide el pulso de una multitud impredecible.

Pero siempre hay ojos interesados detrás de cámaras, al respecto también deberíamos de poner atención sobre la economía política de la videovigilancia, ¿Más allá de las cifras sobre el equipamiento videovigilante, tenemos que preguntar quiénes se benefician y quiénes son los propietarios del control masivo de los habitantes? ¿Quiénes están gestionando la economía de la comunicación en red; informática, telefonía, comunicaciones, internet, que compone el programa *Ciudad Segura*? ¿Quiénes administran la combinación de la tecnología y el recurso humano y material?

Para responder a tal pregunta recordemos que la licitación de 8, 088 cámaras con un costo de 459.8 millones de dólares la ganó la alianza corporativa de Telmex y Thales Group; esta última es una empresa con intereses en telecomunicaciones, aeronáutica y tecnología para la guerra, y propiedad del Estado francés<sup>14</sup>.

La primera fase de dicho programa está en marcha, con la inauguración del Centro de Control y Comando Norte (C2), en La Villa, Delegación Gustavo A. Madero. Los otros centros prioritarios son las delegaciones Iztapalapa, Cuauhtémoc, y Benito Juárez, con los cuales se estructura el gran “anillo metropolitano de comunicaciones” como ha dicho Héctor Slim, el heredero del grupo CARSO, propiedad del hombre más rico del mundo.

Este año de 2010 entrará en operación el Centro de Control, Comando, Comunicación y Cómputo, Inteligencia, Investigación, Información e Integración C4, así como dos C2 móviles en vehículos con capacidad de monitoreo y despacho de emergencias. En el edificio sede de C2 que se ubica en la Delegación Gustavo A. Madero, será captada, analizada y almacenada información de video, voz y datos. Las imágenes serán archivadas por siete días y, por ejemplo, mediante un sistema de clasificación los ojos del “gran carnal” podrán ubicar de manera automática a vehículos con reporte de robo. Con lo anterior, y gracias a un trabajo de dos años de la administración capitalina con el Instituto Politécnico Nacional, la ciudad de México tendrá el más moderno y avanzado sistema de seguridad en su tipo. Agreguemos que el sistema operativo es ejecutado por técnicos egresados del IPN.

El Jefe de Gobierno del DF ha dicho que “es de suma y fundamental importancia tener niveles de seguridad cada vez mayores en el Distrito Federal a fin de proteger con mayor eficacia la integridad física y patrimonial de vecinos y visitantes, pero también para generar mejores condiciones de inversión, empleo y competitividad económica para la capital”. Esta declaración sintetiza el espíritu empresarial de la videovigilancia; parafraseando a Michel Foucault, hoy podríamos decir que el régimen de control urbano se maneja bajo la premisa del vigilar y negociar. En este caso lo que menos interesa al poder es castigar, el propósito es legitimar el negocio de la vigilancia que produce una subjetividad de la autorregulación.

<sup>13</sup> De Giorgi, Alessandro. *El gobierno de la excedencia. Postfordismo y control de la multitud*, 2006, Madrid.

<sup>14</sup> <<http://www.thalesgroup.com/>>.

A este escenario de la economía a política de la videovigilancia podemos agregar algunos datos más. La materia prima de esta modernización del Argos urbano es la fibra óptica, lo cual implica que este negocio impacta directamente en la extinción de la Compañía de Luz y Fuerza del Centro; además producirá la emergencia de un nuevo sector de empleados especializados y precarizados provenientes de centros de enseñanza media y superior como la UPIICSA del IPN y de algunas universidades de la metrópoli.

### **El transeúnte y el pasajero, entre el campo vacío y el orden saturado**

La construcción del dispositivo de control social metropolitano, plantea a las ciencias sociales una serie de problemas del orden teórico y empírico, entre otros, está la cuestión de si efectivamente existe el totalitarismo del “gran carnal”. Más allá de la ironía, los hechos cotidianos nos muestran que técnicamente es imposible la mirada total del dispositivo de control óptico en el espacio público; archivos videográficos que no pueden ser utilizados como testimonio, baja calidad de resolución de las cámaras, puntos muertos en la videograbación, saturación del campo, grabaciones simuladas, entre otras limitantes.

Esta imposibilidad de mirada total que obsesiona a los gestores del control social tiene una explicación técnica; el cuadro de las cámaras de vigilancia permanece vacío o se satura. La primera opción se produce en las cámaras residenciales, donde la imagen denota la ausencia prolongada de acontecimientos y de figuras humanas, muchas veces sin un vigilante detrás de la misma. Son cámaras ciegas por decirlo de alguna manera. La segunda se presenta en las cámaras ubicadas en los espacios semi-públicos y públicos, por ejemplo, las cámaras instaladas en el sistema de transporte colectivo (metro). Ahí frente a los monitores los vigilantes tratan de concentrarse en algún punto del flujo multitudinario, rápidamente la vista se cansa, disminuye la velocidad, a tal grado, que les es imposible ubicar a los “transgresores de la norma”. Al menos así sucedió con la balacera ocurrida en el metro Hidalgo hace unos meses. En el instante del acontecimiento la mirada del videovigilante se relativiza, ya que le es imposible cartografiar el cuadro saturado de las cámaras. Siempre muestran los efectos de las acciones, ya que es imposible prevenir las conductas de los usuarios. La máxima de un modelo

videovigilante que pretende legitimarse es el “mejor un campo vacío que nada”.

La mirada efectiva entonces sólo se produce a través del montaje, después de ficcionar el itinerario del transgresor, tal y como los editores del sistema de videovigilancia del metro realizaron después de los acontecimientos. Imagino que este trabajo de voyeurs puede prestarse a realizar ejercicios de ficción, una especie de entretenimiento para los trabajadores de la videovigilancia. Sólo así podemos explicarnos la imposibilidad por parte de los vigilantes de evitar suicidios, hostigamiento sexual o la proliferación de extorsionadores y secuestradores express, imposibilidad justificada mediante el recurso de que el propósito es el de la inhibición de ilícitos, es decir la autorregulación por parte de los usuarios y transeúntes.

El usuario, el transeúnte se convierte por obra y gracia de la gran videoinstalación en un actor involuntario de las ficciones del poder. De repente la realidad cotidiana se transfigura en una narrativa acelerada por el accidente o el imprevisto, donde el ciudadano desaparece de cuadro, así como ha desaparecido como sujeto político; efectivamente, ante nuestros ojos el ciudadano ha dejado de existir para dar paso a una suerte de documentación ficticia y borrada en unos cuantos días.

El sujeto político urbano en la vida cotidiana de la ciudad es un potencial “transgresor de la norma”, un ser estereotipado o el miembro gasificado de una masa de usuarios, que sólo saldrá de su anonimato en el momento en que se encuentre en medio de la tragedia humana o natural. Las consecuencias políticas de esta estética del totalitarismo imaginario del control social, saltan a la vista; transitar significa practicar el bucle de un performance rutinario, pero al mismo tiempo nos habla de que el cuadro de la videovigilancia queda vacío de todo significado ciudadano, en donde los derechos humanos y civiles mínimos están anudados en el punto ciego del cuadro; fuera de cuadro sucede la abyección, el ciudadano no existe más en el actual proyecto de la ciudad segura, ya que en sí mismo ha sido anulado desde el momento en que se encienden las cámaras y micrófonos del dispositivo del control social videovigilante. Aún así, los usuarios, los transeúntes, escapan a la mirada totalitariamente imaginaria, huyen como sombras entre nudo ciego y nudo ciego, aprovechan la saturación para crear mundos cotidianos a pesar de la mirada videovigilante del “gran carnal”.